España

ORGANO DE LA JUNTA ESPAÑOLA DE LIBERACION

SE PUBLICA LOS SABADOS
Redacción y Administración: Tacuba, 15
Director: MANUEL ALBAR
PRECIO: 25 CENTAVOS
Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, con fecha 22 de febrero de 1944.

Año I | México, D. F., 18 de Marzo de 1944 | Núm. 8

Ni paz, ni piedad, ni perdón

En los Altares de la Venganza

La Junta Nacional de Acción Católica Española, entidad pujante que tiene como tarea fundamental la de catequizar a España a cristazo limpio, como decía don Miguel de Unamuno, ha publicado un mensaje dirigido a la piedad universal. Se trata de unir las oraciones, haciendo coro a las del Santo Padre, por si, reforzadas las unas con las otras, son mejor escuchadas en el ámbito celestial y los sufrimientos de la guerra se acortan. El propósito es bueno, lo que no quiere decir eficaz. Parece difícil que los ejércitos en lucha se detengan a oír apelaciones sentimentales renunciando al firme empeño de exterminarse los unos a los otros. En todo caso, el llamado peca de tardío. Hubiera sido más oportuno cuando, a fines de 1939, los aviones alemanes, sin réplica adecuada, destrozaban Varsovia o cuando, en el otoño de 1940, convertían Londres en una hoguera gigantesca que abrasaba cada día millares de vidas inocentes. Pero entonces los católicos falangistas permanecían mudos o elevaban preces al Todopoderoso haciendo votos por el triunfo de las armas nazis. Sólo cuando el poderío alemán está en quiebra, cuando el huracán ha barrido el espantajo fascista y la aviación inglesa y norteamericana da respuesta cumplida al salvaje desafío de la Lutwaffe, es cuando los católicos falangistas se acuerdan de que todos somos hijos de Dios. Es decir, todos no. Quedamos exceptuados los republicanos españoles, para los cuales no hay misericordia. Fríamente, sistemáticamente fueron bombardeados durante dos años y medio los pueblos y ciudades comprendidos en la zona dominada por el Gobierno republicano, y los católicos falangistas, alentadores y mantenedores de la sublevación no sintieron en ningún momento que la conciencia les acusaba por la muerte de gentes indefensas entre las que abundaban las mujeres y los niños. El martirio de Guernica no les arrancó ningún duelo. Ni el de Alicante. Ni el de Barcelona. Ni el de Madrid, donde alternaban los ataques de los aviones con la bárbara acometida de los obuses de gran calibre emplazados en el cerro de Garabitas. Salvo el de sembrar el terror en la población civil, no había objetivo militar ninguno a conseguir en aquellas agresiones. Simplemente, los generales, con su acompañamiento de moros, italianos y alemanes, se divertían ensayando blancos. En una de esas diversiones más de un centenar de niños perecieron en Barcelona. Pero el espíritu católico no se conmovía por esos accidentes. Y en el Vaticano, donde parecían ignorase tales asesinatos, el Papa bendecía a los asesinos que iban a ofrecerle prueba devota de su respeto.

Antes lo había hecho ya, y con carácter más solemne, el Episcopado. Sobre las bombas que iban abriendo fosas en la España republicana habían trazado previamente el signo de la cruz las manos de los obispos. Todavía hoy siguen bendiciendo las ejecuciones—que no han cesado—y deseando en secreto la victoria alemana porque con ella se prolongaría también la existencia del régimen franquista. Pagan así no los agravios, que no los hubo, sino la tolerancia que les dispensó la República. Es fácil invocar ahora los desmanes cometidos en las primeras semanas de la guerra, cuando el poder público, privado de sus medios coactivos, no ejercía autoridad sobre las bandas irresponsables, que no han faltado en ningún país ni en ninguna revolución. Pero frente a esa invocación está la del 14 de abril de 1931 en que, siendo dueño absoluto del país la masa popular, no se cometió un crimen, ni se quemó una iglesia, ni se alteró el orden, mejor guardado que nunca por los mismos a quienes ahora se imputan monstruosidades sin semejanza. Era entonces Primado de Toledo el cardenal Segura, "inteligencia roma, corazón resentido alma de guerrillero fanático, espíritu más dispuesto para acaudillar una partida en las guerras carlistas del siglo XIX que para orientar una gran comunidad en la paz", como dijo de él Marcelino Domingo. Y el cardenal Segura, en cuya adhesión al rey destronado había motivos domésticos tan poco elegantes que renunciamos a entrar en ellos, rompió el fuego contra la República recién instaurada con una pastoral violenta, montaraz, que equivalía a una declaración de guerra y que el propio Vaticano hubo de sancionar separándole del cargo. Después... Después, con las excepciones honrosas del obispo de Vitoria, de monseñor Vidal y Barraquer y de una parte del clero bajo, la Iglesia católica española estuvo en guerra permanente contra la República. No era el poder espiritual el que le importaba, sino el terrenal. Fué aliada de Sanjurjo —aquel bellaco borrachín que confundía el españolismo con la majeza cuartelaria, a quien la República perdonó sin merecerlo—en la intentona del 10 de agosto de 1932; ayudó a las derechas extremas; se sumó, enfervorizada, después de haberla favorecido, a la sublevación de 1936... Con esos títulos no se puede elevar la voz, como no sea para cantar el "mea culpa". ¿Invocaciones a la piedad, al sentido cristiano de la vida? Para ello sería menester, primero, que la Iglesia española nazi-falangista borrara su historia y, después, que en España no se siguiera fusilando, en nombre de la moral católica, a los desgraciados que el franquismo sacrifica cada día en los altares de la venganza.

"No quedan solamente condenados los que han inspirado o cometido el crimen de España; quedan maldecidos. Maldecidos por su impulso y por su obra; por su idea y por su acción; por haber concebido el delito y por haberlo perpetrado. La democracia agredida, aun desgarrada; aun deshecha; aun sangrando; arruinada por la ruina en que queda y por la ruina en que va a vivir no morirá. La sostiene el ideal de un pueblo que ha recobrado su alma creadora y su heroico sentido de la dignidad; la justifica el gesto de una multitud que lucha, no por conquistar un derecho, sino por el derecho conquistado; la mantendrá en pie el impulso íntimo que vigoriza a quien se esfuerza en imponer la justicia y no se aviene a ser víctima de la injusticia".—MARCELINO DOMINGO.

RECUERDO

MARCELINO DOMINGO

Hace cinco años que murió, en tierra extranjera, don Marcelino Domingo, el ilustre republicano cuyo recuerdo perdura en la memoria de todos los españoles devotos de la democracia. Muerte oscura, llegada por sorpresa, la suya, en un modesto cuarto de un hotel de Toulouse. Nada la hacía presumir. Supimos que había tenido que interrumpir viaje por hallarse indispuesto. Después, casi sin transición, la noticia breve y penosa: Marcelino Domingo ha muerto. Recordamos el entierro sencillo que se le hizo, formando en el cortejo todos los republicanos españoles que habían conseguido llegar hasta la vieja ciudad de Francia y un grupo nutrido de amigos franceses que demostraban su simpatía por la República española y por el gran republicano que acababa de morir. Una vida honesta, de combate incesante por la justicia, maltratada por todos los rigores de la pelea, terminaba en aquel día de marzo de 1939. En Toulouse descansa todavía con en aquel día de marzo de 1939. En Toulouse descansa todavía don Marcelino Domingo, huésped postrero e involuntario, como don Manuel Azaña, como tantos otros republicanos españoles, de una tierra a la que amaron entrañablemente. A esa tierra vuela nuestro recuerdo en homenaje a don Marcelino Domingo, que fué un español de conducta limpia y un republicano de historia ejemplar.

Algo se está quemando.

MONARQUIA ESPAÑOLA

En uno de los últimos números de La Vanguardia, *de Buenos Aires —órgano del Partido Socialista argentino— llegados a México, y bajo el título que antecede, leemos lo siguiente:*

Acaba de constituirse en México, con la participación de eminentes hombres públicos españoles allí exiliados, la Junta Española de liberación, cuya finalidad es trabajar por el restablecimiento de la república en España. La presidencia de dicho organismo ha sido confiada a Diego Martínez Barrio, quien desempeñaba la presidencia de las Cortes Españolas al declararse en la península la guerra civil y hasta que la república fué vencida. Hay, pues, una continuidad auspiciosa, en la constitución de este organismo, que puede contribuir a devolverle al pueblo hispano el ejercicio pleno de sus derechos, y que contrasta, como podrá verse en seguida, con la oposición de las clases aristocráticas y del vaticano.

En efecto, según un comentario del diario suizo "Basler Naerichten", que recoge una información del nuncio apostólico en Madrid, "los elementos católicos españoles son totalmente partidarios de la restauración monárquica, como lo es también la aristocracia del país. A este respecto, el diario indica que durante la audiencia privada que el Papa concedió recientemente a los príncipes Enrico Barberini y Pignatelli D'Aragona, se trató el tema de la restauración monárquica española".

También le interesa al Vaticano la restauración monárquica en Austria, según lo expresa el citado diario en este párrafo final de su comentario: "No hay duda —dice— que en estos momentos, cuando toda Europa parece estar a punto de caer bajo la influencia del comunismo, el Vaticano está sumamente interesado en la restauración de las dos familias reales famosas por sus tradiciones católicas".

Lo peor del caso es que los republicanos españoles son tan empecinados que quizás no tomen en cuenta el punto de vista vaticano..."

RIVERO GIL, EN MEXICO

Procedente de Colombia ha llegado a México, donde se propone fijar su residencia, nuestro querido amigo Francisco Rivero Gil, cuyo lápiz ha honrado las columnas de los principales periódicos españoles de izquierda. Rivero Gil es, desde hace ya muchos años, no obstante su juventud, uno de los dibujantes más originales y admirables que tenía España, donde los había magníficos. En el destierro están buena parte de ellos. Otros han muerto o se hallan en las cárceles españolas.

Aparte su labor en México, Rivero Gil está colaborando para varias revistas norteamericanas que han sabido estimar la gran calidad artística y el agudo sentido crítico de Rivero Gil. Nuestro saludo cordial al excelente amigo y gran artista.

GENIO DE ESPAÑA

Las cantigas de Alfonso X el Sabio

Una modificación a la historia de la música

ORIGEN DE LA MONODIA ACOMPAÑADA

Pero, ¿dónde y cómo surgieron las formas armónicas de la música popular que dieron impulso tan feliz y definitivo al arte musical?

He aquí el punto crucial de nuestra exposición.

Las historias de la música en curso afirman sin demostrarlo que esas formas, debido probablemente a la influencia de los trovadores provenzales, aparecieron por vez primera en Italia, donde ya en el siglo XIV era conocido el canto monódico con acompañamiento de laúd.

Don Julián Rivera, en su magistral estudio sobre las *Cantigas de Alfonso X el Sabio,* nos va a demostrar, de manera concluyente y definitiva, que esa concepción es totalmente errónea y que ya en el siglo XIII, con las cantigas citadas, España poseía, en notación neumática, la colección más rica del mundo de música popular, la cual a su vez procedía por filiación directa de la música árabe, que en los siglos VIII y IX de nuestra era conoció extraordinario esplendor en La Meca, Medina y Bagdad, con indicios ciertos de que esa música árabe derivó de las músicas persas y bizantina que fueron probablemente herederas de las tradiciones musicales de Roma y Atenas.

Véamos cómo don Julián Rivera llega a tan sorprendentes conclusiones.

LAS CANTIGAS DE ALFONSO X EL SABIO

Las Cantigas de Loores a Nuestra Señora, como así se denominan, escritas en lengua gallega e inspiradas en refranes populares españoles, fueron mandadas recoger y copiar por el rey Alfonso X el Sabio en la segunda mitad del siglo XIII.

Se poseen tres manuscritos de ellas: el códice toledano de la biblioteca nacional de Madrid, manuscrito 10,069, que es el más antiguo, contiene las primeras 100 cantigas, y los códices escurialenses J. b. 2 y T. j. 1 que reúnen entre todos 401 cantigas. Los códices de El Escorial están iluminados con 1,292 miniaturas de maravillosa iconografía que dan una idea perfecta, entre otras cosas, de los instrumentos usados en aquella época. La notación musical que presentan es igual, con pequeñísimas diferencias, a la de las canciones de troveros y trovadores franceses de esa misma época, es decir notación neumática, cuadrada negra, sobre un pentagrama que por momentos es un tetragrama o un sexagrama; las notas sueltas presentan diferentes formas, indicio de un sistema de valores diferenciado perteneciente, con toda seguridad, al sistema mensuralista o de canto medido diferente del canto llano.

Como anteriormente dijimos, todos los intentos llevados hasta ahora a efecto para conocer el contenido rítmico y melódico de las canciones trovadorescas, no han dado resultado positivo, pese al interés enorme que encierra no sólo la música sino su poesía, de origen tan oscuro y cuya formación estrófica está considerada como tipo de toda la lírica medioeval europea. En tal sentido, están ya completamente desacreditados los trabajos de Laborde, Perne, Fétis y Ambros, y no pueden ser aceptados, según el ilustre musicólogo alemán Riemann, los estudios de Houdard, Dechevrens y Coussemaker, al igual que los de Aubry y Beck, "con cuyas doctrinas rítmicas y musicales sale una música verdaderamente monstruosa" (Riemann, *Dictionnaire de la Musique* artículo sobre el Rythme du Plain Chant). El problema, pues, a este respecto, permanece hoy en día totalmente hermético.

Sobre las cantigas, igualmente, se han realizado algunas investigaciones con idénticos resultados; descuellan entre ellas las de Pedrell, el ya citado Aubry y el padre Villalba en colaboración con Collet. Aubry llegó a publicar 7 u 8 cantigas y el padre Villalba y Collet publicaron algunas más resumiendo sus respectivos trabajos.

Las diferencias en la apreciación de estos investigadores son grandes, pero todos ellos coinciden en que la música de las cantigas deriva del canto llano, aunque transformado y alterado por una música misteriosa, la famosa música ficta, que circulaba en Europa en la Edad Media y cuya procedencia se ignora. De todas maneras, esas transcripciones que nos dan de las cantigas, en notación moderna, presentan los mismos caracteres convencionales e insípidos que han dado pie al musicólogo Riemann para formar el juicio tan severo, con relación a las canciones trovadorescas, que antes señalábamos.

Estos resultados negativos no son de extrañar si se tiene en cuenta que, tanto en las cantigas como en las canciones de troveros y trovadores, por insuficiencia en la notación, son dificilísimos de colegir la tonalidad, el ritmo, la entonación melódica, la velocidad en la marcha y la duración de las notas, así como también la armonía que, de tenerla, aparece inadvertida u oculta. Es decir, que son obras artísticas a las que les falta el 90% de elementos técnicos para ser debidamente reconstituídas.

EL CANCIONERO DE PALACIO

Con estos antecedentes nada alentadores, don Julián Rivera comenzó sus investigaciones hace poco más de 20 años. Su sistema investigativo difirió fundamentalmente del de sus predecesores. En primer lugar, había estudiado minuciosamente uno de los monumentos más considerables de música popular que España posee en notación moderna: el famoso *Cancionero de Palacio* (del que hablaremos inmediatamente), riquísima colección de cantos populares de los siglos XV y XVI. Este conocimiento preliminar y sus dotes de arabista excepcional, competentísimo en humanidades islámicas, no solamente le evitó el prejuicio clásico de considerar esa música medioeval sujeta a las tonalidades eclesiásticas y a las teorías del Ars mensurabilis de la época, sino que le incitó a sospechar, fundadamente, que esa música encerraba en ella todas las esencias y tradiciones rítmicas, melódicas e incluso armónicas, de la música árabe, de la cual los historiadores y autores musulmanes de los siglos IX y X de nuestra era, hablaban en sus tratados.

Para juzgar, pues, debidamente las cosas, hablemos en primer lugar de ese *Cancionero de Palacio.*

Como acabamos de decir, es una compilación de canciones populares, 460 en total, de diferentes compositores de los siglos XV y XVI. Procede de la biblioteca del palacio real de Madrid y ha sido transcrita y comentada en 1890 por el ilustre músico español don Francisco Asenjo Barbieri.

La importancia de este solo documento del arte musical español es enorme. Su estudio ha dejado perplejos a los más eminentes musicólogos por lo que ese cancionero encierra de sorprendente e inexplicable.

Riemann, en su famoso tratado *Handbuch,* dice de él: "es para nosotros fuente de conocimiento especialísima; colección de cantos hasta hoy no bien estudiada; música verdaderamente incomprensible por su riqueza y originalidad". Y concluye comentando esta colección y la obra de los mismos siglos, de los vihuelistas españoles: "1. El arte musical español ha evolucionado con completa independencia del arte musical europeo (*Handbuch,* tomo segundo, parte primera, pág. 89).—2. En materia musical, España se encontraba a la altura de las naciones más cultas de Europa.—3. En música instrumental había ido, probablemente, a la cabeza de todas (*Handbuch,* parte primera, página 225).

Y otro musicólogo eminente, Gevaert, comentando la obra de esos mismos vihuelistas en el prólogo a *Les Luthistes,* de Morphy, dice: "son melodías de dulzura llena de encanto, de variedad ingeniosa en sus dibujos, con acordes plenos extraños a las tendencias europeas de entonces"; y más adelante: "la evolución más importante y misteriosa de la música europea viene a hacerse inteligible con el estudio de los vihuelistas españoles". Cuya música, como decíamos nosotros antes, es de la misma época de la del cancionero y también de la misma esencia y origen.

Estos juicios que anteceden ponen en evidencia que España, pese a las corrientes europeas de entonces, de un lenguaje polifónico igual y uniforme para todos los países, conservaba, musicalmente, unas características propias independientes y originales, que no podían haber surgido espontáneamente, cosa inconcebible, sino que procedían seguramente de una tradición peculiarísima, de un fondo netamente español, con raíces profundas en el pasado.

Sin otro conocimiento preliminar, ya en el *Cancionero de Palacio se vislumbra* cuál puede ser esa tradición.

En efecto, aunque las canciones son del estilo polifónico de la época, para ser ejecutadas a varias voces por los cantores palaciegos, la letra conserva gran parte de los vocablos y giros arcaicos populares y la forma métrica coral, con la melodía sencilla y sus repeticiones vulgares. ahora bien. esa es precisamente la forma lírica de los famosos zejeles andaluces, de forma coral a base de estribillos populares, cuya historia es perfectamente conocida y constituye uno de los capítulos más interesantes del nacimiento de la lírica, y no ya española, sino, incluso, europea.

SINESIO URRESTARAZU

LLEGANDO A SU DESTINO

Sólo una milla te queda.

La sentencia contra Pucheu

HUBO LIBERTAD ABSOLUTA DE DEFENSA

Con motivo del proceso de Pierre Pucheu y de la sentencia de muerte dictada en su contra, los diarios argelinos hacen notar:

1) El proceso fué público y se dieron toda clase de garantías al acusado para defenderse. Se respetó la libertad absoluta de discusión y ninguna censura fué ejercida sobre las crónicas y comentarios de los periodistas franceses y extranjeros.

En ocasiones hasta se tuvo la impresión de que Pucheu era el que dirigía los debates, pues fué extraordinaria la libertad de que gozó en las audiencias. Este procedimiento, dicen los diarios, es totalmente opuesto al que Pucheu empleaba en Francia, ya que los Tribunales de Excepción, creados el 7 de septiembre de 1941 por el propio ex Ministro de Vichy, arrebataban toda garantía al inculpado; el defensor ni siquiera podía conocer el legajo, y la sentencia era inmediatamente ejecutada. Toda persona acusada en aquel entonces por los hombres de Vichy, o por cualquier nazi podía ser enviada sin apelación a ese Tribunal creado por Pucheu, y ser condenada por ese solo hecho sin que fuera aclarada la acusación.

2) El proceso de Vichy hubiera podido ser incoado sobre bases exclusivamente políticas; numerosos miembros de la Asamblea habían pedido que allí se empleara el "procedimiento de excepción sumaria", similar al de los propios tribunales creados por Pucheu en Francia.

Sin embargo no se hizo así. Fué un proceso sobre bases establecidas por el propio Código Penal Francés, partiendo del principio de que Pucheu fué miembro del pseudo Gobierno de Vichy; colaboró con el enemigo y atormentó a los patriotas. Las responsabilidades del ex Ministro del Interior, del 18 de julio de 1941 al mes de abril de 1942 están más comprometidas aún porque entonces era el que controlaba la policía, los tribunales de excepción, las prisiones, los campos de concentración, y el reclutamiento de la Legión Anti-Bolchevique cuyos miembros, vestían uniforme alemán. En tal virtud el proceso fué exclusivamente de derecho común y basado en crímenes previstos por el Código Penal Francés.

3) El Comité Francés de la Liberación dispuso que el proceso se incoara dejando al acusado toda clase de garantías. Las bases de la acusación y sus temas fueron discutidos uno por uno; muchos de ellos, a pesar de encontrarse respaldados por una certeza moral, fueron rechazados por el propio Tribunal por carecer de pruebas materiales que existieran en Argel. Es así como los párrafos referentes a complot contra la seguridad del Estado y a las detenciones arbitrarias no quedaron incluídos en el acta de acusación aun cuando se tenían cientos y cientos de pruebas morales indiscutibles.

4) El veredicto sólo se refirió a puntos sobre los cuales existían pruebas palpables, formales e indiscutibles: reclutamiento de voluntarios anbolcheviques, demostrado por los documentos firmados de puño y letra de Pucheu. El Código Francés considera el enrolamiento en favor de una potencia en guerra contra Francia como un acto de traición que se castiga con la pena de muerte. Entendimiento con el enemigo teniendo Pucheu primeramente el carácter de Secretario de Estado por la Producción, y después el de Ministro del Interior. Entendimiento entre la policía francesa controlada y dependiente de Pucheu con la Policía alemana. Estos actos están igualmente previstos por el Código Francés y considerados como traición a la Patria que se castiga con la pena de muerte.

El ex Ministro español en Venezuela, J. A. Sangroniz de Castro, era el principal contrabandista de diamantes de Hitler. Cuando se le expulsó de Venezuela, se llevó 50,000 dólares en diamantes.—WALTER WINCHELL.

Hombres de España

MARIANO DE CAVIA

I

Las letras de España—tal vez de otros países—, durante cerca de una centuria, padecieron una lamentable depresión del libro, paralela tal vez a un alza del periódico. Como si la vida "diaria", esa vida "moderna", con tantas de sus futilidades, con toda su pobreza de hechos aspirantes a ser "historia", se hubiese con harta frecuencia superpuesto a la vida "de la época", a esa vida humana de un pueblo—con todas sus profundidades, con toda su auténtica "historia"—que, en general, no se asoma a la calle, mucho menos a las "tradicionales" secciones de sucesos o "de sociedad".

¿Por qué?

Porque esa vida "grande" se suele encerrar en laboratorios, en celdas, en bibliotecas, en talleres, en esos rincones donde toda incomodidad—y toda silenciosa y fecunda labor—tiene su asiento.

No pocos de los más sobresalientes escritores de España, han padecido con toda elegancia—recuérdese a Valle-Inclán—esa fiebre de la "popularidad"—y de la frivolidad—que produce el éxito—"al por menor", el chisporroteo endeble y efímero, a cuenta de un día acaparar la actualidad. Pero, en consecuencia, muchos de los libros de esa época no la representaban, no podían ni tal vez merecían representarla, ya que vinieron inficionándose de todos los "morbos de la prisa", ya que fueron compuestos—con frecuencia, inorgánicamente—de retazos, de esa vida "al menudeo", inexistente como historia, al borde de la ineficacia como lección para los hombres del futuro.

Porque el periódico—hoy mucho más respetable desde el punto de vista de la vida económica de un pueblo—fué en aquellos días algo así como una feria donde se abarataba el pensamiento. Era la política, de ordinario, la que subía de precio. Y se abarataba sin hacerlo verdaderamente "popular", asequible a todas las gentes, como no fuese con el propósito de alcanzar este o aquel dominio social o político.

Era el periódico—más que nunca—lo que suele decirse "flor de un día". A lo más, podía en ocasiones servir al erudito del mañana como alacena donde buscar—entre las secas frondas, ya sin pájaros chillones—la flor momificada de una noticia, de una fecha, de una frase... (Ahí están las de Valle-Inclán, las de Maura, las de Sagasta...)

II

Pero ¡hay tan consoladoras excepciones! Una etapa—la hemos conocido todos—de esa vida periodística española—correspondiente a los últimos decenios del siglo XIX y primeros del XX—aparece anotada por las agudas, por las retozonas crónicas del escritor aragonés, Mariano de Cavia.

Nace en 1855. Comienza su labor juvenil con el seudónimo de "Sobaquillo" y desarrolla incansablemente sus facultades de vivaz observador de la vida en torno—y de cronista—escribiendo reseñas taurinas, que son en seguida celebradas, comentadas, imitadas. ¿Por qué? Porque no sólo enseñaba en ellas a ver una corrida. Enseñaba también—y en eso radica su excelencia—a escribir.

Su labor se llega a desperdigar en publicaciones diarias, en que acierta a recoger y a satirizar menudos y grandes hechos—políticos, literarios, sociales—de la vida cotidiana. Toma parte en esas secciones periodísticas en que todo—excepto, el aburrimiento—es permitido, con tal de sacudir la atención del público. Una de estas secciones, firmada por Cavia, se titula "Platos del día". En ella se juntan amenidad y agudeza y, ante todo, un hondo conocimiento de los más finos resortes del habla popular.

Y esta última cualidad es, precisamente, lo que le distingue de todos los demás cronistas de la prolongada o efímera actualidad que aparecen en su tiempo: la agudeza, el ingenio—tal vez Gracián no andaba de él muy lejos—que Cavia supo en todo momento imprimir a su prosa. La agudeza y el ingenio por los que su prosa—como en sal—vivirá siempre.

En su "Nuevo teatro crítico" escribió doña Emilia Pardo Bazán, hablando del estilo de Mariano de Cavia:

"Agil, suave, ligero, como espuma de champaña, ático hasta el tratar los asuntos más propensos a deslices de chocarrería..."

Esta agilidad le salvó siempre de caer en lo banal, en lo frívolo. Porque siempre, por encima de cualquier lección de ésto o aquéllo, daba su lección de idioma castellano. Sin aromas de pedantería, con la sencillez—y la desenvoltura—de un Marcial.

III

La pulcritud en la frase, siempre esmeradamente hilvanada y precisa—él era amante de tradiciones lingüísticas—, supo nutrir núcleos de admiradores cuyos aplausos nunca faltaron a Cavia durante su carrera periodística.

Es decir: literaria. Olvidaban ellos, frecuentemente, la parvedad de hondura filosófica, el reducido interés general de muchos de los temas de Cavia—llevados a primer término, según se ha dicho, por la prolongada o "efímera" actualidad—; y la olvidaban por el goce que les proporcionaba la aguda técnica del prosista, la graciosa destreza del comentador.

Cavia acertaba en cualquier trance a desarrollar sus "ideicas"—como él las llamaba—con un ingenio, con un garbo y donaire que acaso no mereció el endeble tema o pretexto suscitado por un decir, por un pequeño lance de los que provoca la vida ordinaria. Era el hombre de la gran simpatía, como era el hombre de la auténtica sal. Sus audacias, eran perdonables siempre a cuenta del chisporroteo jovial de su espíritu, a veces ingenuo, hasta la infantilidad.

Mariano de Cavia—dolorosamente—pagó sus muchos, aunque menudos, triunfos de cronista oportuno y desenvuelto, con la moneda del silencio que en torno a su obra—nutrida de pequeños, pero sanos y ágiles esfuerzos—se produjo al desaparecer del mundillo de las letras el tan agudo animador y glosador del fugaz momento.

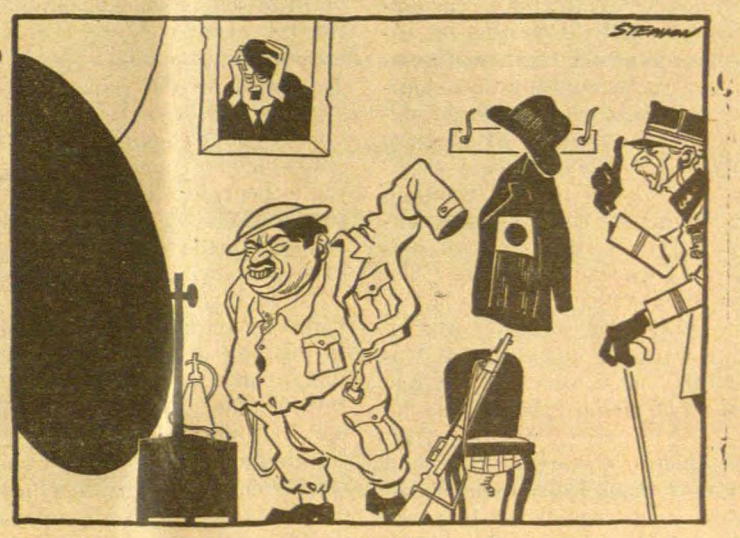
Ocurrió su muerte en 1920. A los sesenta y cinco años de edad, Mariano de Cavia continuaba en plena producción, cada vez más garbosa y salpicada de ingenio. Hoy sus libros—"Chácharas", "Limpia y fija", etc.—apenas cuentan con lectores. ¿Por qué?

No conoció su época un cronista de tan refinada prosa, de tan ejemplar atuendo. Algún día, sus libros ¿no habrán de ser subrayados con la solicitud que merecen? Nunca escribió atolondradamente. Su amor a la nitidez, a la claridad de expresión no tuvo rival en su tiempo. Tampoco la rectitud de su conciencia profesional, de su acento español y aragonés, incapaz de soportar aportaciones, intrusiones ajenas a la pureza del idioma, el amor de su vida.

Otras crónicas, más tajantes, más rudas, más broncas, habrán ganado más partidas en el juego político—en definitiva, histórico—de España. Las de Mariano de Cavia ganaron siempre la gran partida del ingenio, por el que España entró siempre en el gran juego de la inteligencia europea, universal.

BENJAMÍN JARNÉS.

DIAS DE ESPIACION



"Un poco de dignidad, amigo Laval, que ahora ya es demasiado tarde..."

Croniquillas

LOS JAPONESES DISPONEN de una tercera parte de los barcos mercantes que realmente necesitarían para sus extendidas comunicaciones marítimas.

LOS SUBMARINOS americanos penetran muy dentro de las rutas de dominio nipón y continúan mermando la navegación mercante del enemigo. Esto y la buena marcha de los acontecimientos en el Pacífico Sudoccidental son puntos a favor del optimismo fácil que va, poco a poco —y no siempre con lógica— reemplazando a los muchos puntos negros que amargan a los pesimistas respecto a la larga duración de la guerra en el Pacífico.

EL DEPARTAMENTO DE ESTADO de los Estados Unidos parece ahora inclinado a revisar su política respecto de:

1. Reconocimiento del Comité Francés de Liberación Nacional.
2. Gobierno Badoglio, en Italia.
3. Posición ambigua de las potencias llamadas neutrales, en derredor de la fortaleza hitleriana continental, magníficos puntos de observación y estaciones de aprovisionamiento.

TREINTA MIL MILLONES de dólares han costado las fábricas construídas y costeadas por el gobierno norteamericano, hoy alquiladas o en manos de las empresas particulares.

Algunos proponen que sigan en poder del gobierno, como propiedad pública, medida de precaución contra los "trusts" nacionales y "cartels" internacionales.

DOS MILLONES de trabajadores de ambos sexos trabajan en las fábricas de aviación de los Estados Unidos.

Se calcula que, al terminar la guerra, dichas fábricas darán labor sólo a un millón de obreros.

Cuatro mil millones de dólares de lo invertido en dicha industria de aviación son fondos públicos.

NADIE EN E. U. cree que después de la guerra será necesario mantener tantas fábricas en plena producción, porque no habría modo de colocar los cien mil aviones anuales que se producirían.

NADA DICEN estos días de probabilidades de solución del pleito fronterizo rusopolaco. Washington cree que es primordialmente problema de Londres y Churchill que es problema primordial de Moscú.

TURQUIA, dicen, recibió ya bastantes armas de los aliados... si las quería para la defensa. Si las pide para la ofensiva —naturalmente contra Alemania— le enviarán más... Y ahora o nunca, pues se acerca la primavera.

LOS NAZIS llevan en Holanda un registro de quienes compran hojas de afeitar. Los jóvenes holandeses se dejan la barba. No quieren que, bien afeitaditos, les manden a trabajar al Reich.

A DE VALERA también van ahora apretándole los tornillos. Estamos tan seguros de que, en Dublin, había estaciones nazis de onda corta como de que en España tienen los alemanes aeródromos ocultos y bases de aprovisionamiento para los sumergibles.

De esto último seguiremos convencidos, aunque lo nieguen Hayes, Hoare y el mismo March.

EL PUERTO DE HAMBURGO entró en casi plena actividad normal, cinco semanas después de los últimos grandes raids. Será cuestión de que la RAF vuelva por allí.

CUATROCIENTOS VEINTE MIL MILLONES de Francos suman los gastos del presupuesto francés de este año. Pero, para su consuelo, los franceses saben que, de ellos, 153 mil millones son para gastos en Francia. Los demás ¿dónde van? Las "unidades económicas" del ejército alemán lo saben.

EN LISBOA había el mes pasado 28 corresponsales de la prensa alemana, todos ellos alemanes. Los ingleses tienen siete, los americanos uno. Hay cuatro italianos, que se quedaron sin empleo.

A VICTOR MANUEL III le llamaron antaño "il piccolo". Ahora no saben qué llamarle los italianos, pero a su hijo el príncipe Humberto le llaman... "lo stupido nazionale".

P. L.

DESILUSION

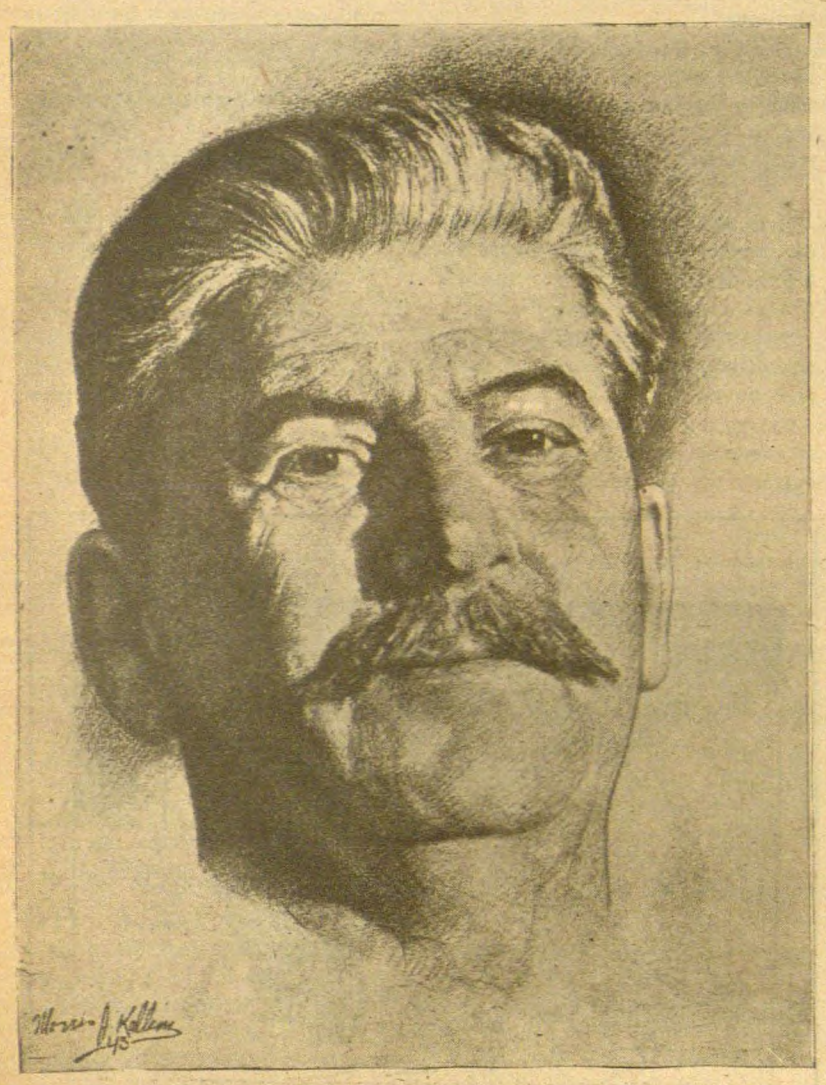
Hitler: "Y pensar que hubo un tiempo en que yo tenía buena opinión de ti!"

notas de la SEMANA

APUNTALANDO RUINAS

No eran menester nuevas demostraciones para saber que el Gobierno ruso persigue, con exclusión de todos los restantes, un solo interés: el suyo. Mas, por si hiciera falta, atengámonos al inesperado y asombroso reconocimiento del Gobierno del mariscal Badoglio, que es tanto como decir el reconocimiento de la monarquía y de quien la encarna todavía, el viejo y desprestigiado Víctor Manuel. A lo insólito del suceso se añade la sorpresa, que ya no es tan insólita en los azares de la política bolchevique. Sin duda, los hombres que gobiernan en Rusia tienen una concepción muy particular de sus deberes para con los demás. ¿Qué contenido tiene, en opinión de los gobernantes bolcheviques, el término de Naciones Unidas? Al parecer, muy leve y accesorio, y así lo revela la repetición de hechos como el que ahora nos toca comentar. Evidentemente, Rusia hace su política con independencia, cuando no en oposición a la que hacen Inglaterra y los Estados Unidos. Conviene decir, no en justificación, pero en descargo suyo, que una conducta semejante se autoriza, en parte, por la actitud equívoca, titubeante, nunca clara, que Inglaterra y los Estados Unidos adoptan frente a los problemas más graves de la hora. Lejos de despejar incógnitas, las crean, y lo que debía ser diáfano tórnase oscuro a través del prisma diplomático aliado. En suma, de lo que unos y otros tratan es de hipotecar el porvenir, conformándolo a su gusto y conveniencia, como si ese fallo no correspondiera darlo, sin falseamientos ni cercenes, a los pueblos que han pasado por la crisis de la revolución y de la guerra. El propósito de Londres y Washington es notorio: impedir que la restauración de la democracia llegue hasta sus últimas consecuencias. El de Rusia también: colocar peones, anticipando su jugada, en el tablero de ajedrez de la postguerra. Y cualquier medio es bueno para lograrlo.

¿Qué otra explicación podríamos encontrarle a ciertas determinaciones del Gobierno ruso? La que otorga reconocimiento oficial al Gobierno de Badoglio no podrá explicársela razonablemente nadie. Con ella, las supervivencias del régimen fascista, contra las cuales está luchando denodadamente toda la democracia italiana, se afianzan y fortalecen. Veamos cómo escribe un italiano ilustre, Gaetano Salvemini, de esos vestigios, entre los cuales se cuenta el primero la Casa de Saboya: "Todos, amigos y enemigos de la Casa de Saboya, admiten que al convertirse en el vasallo de Mussolini y en el servidor del fascismo, la monarquía italiana ha perdido su prestigio. Los infinitos chistes que recorrían toda Italia y eran reproducidos con tanta complacencia en la prensa norteamericana sobre el diminuto rey que lleva la maleta al Duce, reflejan el bajo nivel alcanzado por la monarquía a los ojos del pueblo italiano. Es cierto que ahora los periódicos norteamericanos, mientras multiplican con sutil ingenio los chistes sobre Mussolini y los soldados italianos que huyen, han cesado por completo de aplicar su ingenio al rey italiano. Pero en lo que respecta a los italianos, no hay ninguna razón para creer que hayan cambiado de opinión sobre el rey y sobre su autoridad. No ha ocurrido nada últimamente que contribuyera a alentar un cambio semejante. Si acaso, el resentimiento y el disgusto de las masas italianas tiene que haberse agudizado más todavía bajo el peso de todas las calamidades y miserias de este último período. Las derrotas militares, la pérdida del imperio colonial, el control alemán de la administración, de la policía y de la vida económica del país, las privaciones y los sufrimientos y, por último, el bombardeo de las ciudades y el temor a que ocurra lo peor, he ahí los frutos del régimen fascista que el pueblo italiano puede ver". Esas palabras se escribían hace unos cuantos meses. La situación de Italia es ahora mucho peor. En la cúspide de la desgracia italiana, como un pelele trágico, el rey Víctor Manuel, sostenido por Badoglio, hace piruetas. Disimuladamente, ingleses y norteamericanos le han ido poniendo puntales, le han ido asentando los pies con la esperanza de que conserve el equilibrio. Y he aquí que aparece de pronto Stalin y le arroja una cuerda de salvación. No se salvará, porque la Historia ha fallado ya en su contra, pero entre todos, y especialmente el dictador bolchevique, le están haciendo un triste favor al pueblo italiano, merecedor de mayores respetos.



Sain, el representante máximo de la U. R. S. S., ha reconocido al Gobierno italiano del mariscal Badoglio. "Italia —dijo el mariscal sostenedor del rey Víctor Manuel— no olvidará nunca este gesto..." Pero Italia no es, precisamente, la que representa el mariscal Badoglio...

EL DESTINO COMUN

Mucho ha cambiado la mentalidad media norteamericana en los últimos años, pero no tanto que, de cuando en cuando, no asome de algún modo la antigua concepción política del aislacionismo que hace de los Estados Unidos un pueblo lleno de desconfianzas y prejuicios. Ahora es una mujer, la señora Jessie Summer, representante de Illinois, la que resucita el fantasma de la desconfianza. Los Estados Unidos, según ella, han sido un instrumento de la Gran Bretaña y de Rusia, y el Presidente Roosevelt se ha dejado guiar por las sugerencias de Mr. Churchill. Propone, en consecuencia, el aplazamiento de todo proyecto de invasión de occidente y la concentración de todos los esfuerzos militares yanquis en el Pacífico. Un poco más y nos las habremos con la vieja fórmula de Monroe interpretada al revés o como complemento de ella: "Lo que ocurre en Europa no nos importa a los americanos". En definitiva, la señora Summer quiere que los Estados Unidos hagan *su guerra*, la provocada por el Japón en diciembre de 1941, ya que la otra parece ser más bien la de Mr. Churchill y la de Mr. Stalin. No anda del todo descaminada la señora Summer en imaginar que son varias las guerras que se libran al presente: la del Japón contra Estados Unidos; la de Inglaterra y Estados Unidos contra Alemania; la de Alemania contra Rusia... En lo que yerra es en procurar que los esfuerzos bélicos de las NN. UU. se separen más de lo que puedan estarlo ya, y desacierta por entero al creer que los Estados Unidos pueden volver, ni ahora ni después de la guerra a la política de apartamiento que tan deplorables resultados rindió en el pasado. Por fortuna, ese criterio tiene cada día menos partidarios en Norteamérica. La señora Summer es republicana, y cabe pensar que en su proposición — desechada por sí misma — hay, más que un propósito formal de ponerla en ejecución, el deseo de censurar al Presidente. Si la comentamos es por el pensamiento que en ella se revela. En contraste con él, no faltan en los Estados Unidos hombres de sólida capacidad intelectual que ven los problemas de la guerra y los de la postguerra con mayor claridad. Pese a todas las pretensiones de la política aislacionista, los Estados Unidos—como ningún país del mundo—distan mucho de bastarse a sí mismos económicamente. Necesitan del mercado exterior en proporciones que muchos norteamericanos no sospechan. Según datos de uno de esos tratadistas, los Estados Unidos dependen especialmente del extranjero en su consumo de azúcar, caucho café, papel, seda, estaño, pulpa de madera, lana, pieles y cueros, mercancías que proceden de Europa, Asia, Africa, Oceanía, y América española. Un triunfo del Eje, por consecuencia, aislaría, en efecto, a los Estados Unidos —eludiendo ahora el examen de una posible conquista militar— pero sería para asfixiarlos por partida doble: dejando de comprarles lo que necesitan vender y negándoles lo que necesitan comprar. No son, pues, intereses ajenos, como piensa con admirable simplicidad la señora Summer, los que Norteamérica está defendiendo en Europa, sino los suyos, tan estrechamente ligados a los del resto de las Naciones Unidas que, no obstante la absurda falta de coordinación que las operaciones militares revelan a menudo, el triunfo o el fracaso alcanzan a todas por igual. A esa responsabilidad—la del destino común—no puede evadirse ninguna. Ni ahora ni después.

CARA Y CRUZ

"Un orden nuevo, creado por hombres nuevos, tiene que apoyarse en una juridicidad excepcional. Esto, que es inevitable, da a los Estados nacientes apariencia de dictadura y por de contado, es el argumento que esgrimen con mayor saña contra él sus enemigos. La diferencia entre una auténtica dictadura y un Estado nuevo que tiene que servirse de leyes de excepción es, sin embargo, bien clara. La dictadura no lo es por gobernar con leyes rigurosas y anormales, ni siquiera porque éstas sean arbitrarias, sino por el hecho de que le obliga a ello su situación inexorable de último acto de un régimen. Esto es, lo contrario del orden nuevo, que usa el rigor temporalmente, mientras sus propios músculos se vigorizan." "En España, la juridicidad ha tenido que ser forzada, con alarma y escándalo de muchos. Pero el nuevo Estado ha respetado, pensando en el universo y en el futuro, religiosamente, la vida de sus enemigos. Esto es, seguramente, lo que más se aproxima a la justicia, aun cuando se separe un tanto de la juridicidad." Estas, y otras muchas cosas de concepto más rotundo aún, las escribía el doctor Gregorio Marañón cuando estaba en su luna de miel con la República. Había sido elegido diputado, con votos socialistas, por Zamora, como lo había sido también, por otra provincia, don José Ortega y Gasset, sin que entonces sintieran escrúpulos de conciencia para aceptar tal compañía ninguno de los dos esclarecidos intelectuales. Tampoco los tuvo el que luego sería mentor de la filosofía falangista, Alfonso García Valdecasas. Pero volvamos a las palabras de Marañón, el médico literato, afortunado cultivador de ambas disciplinas. Sobre constituir una definición política exacta, en ellas está perfectamente reflejado el espíritu de la República, que no sólo respetó la vida de sus enemigos, sino que ni siquiera tuvo para con ellos la mano dura que era menester cuando la insolencia se hacía demasiado ostensible. A la vista de lo sucedido en España, y sobre todo después de la prueba terrible de la guerra, cabe, cuando menos, la sospecha de que algo fallaba en el engranaje republicano. Y no por exceso, sino por defecto. Tan cuidadosa de su buen nombre era la República que no acertaba a reaccionar con el vigor necesario cuando se la atacaba solapadamente en la raíz. Indudablemente se había hinchado excesivamente el mito de la juridicidad. No se manchó la República con una sola gota de sangre, pero acabó espantosamente ensangrentada con la suya propia. Y váyase lo uno por lo otro.

Mas ¿qué pensará el doctor Marañón — alma errante ahora—, tan celoso antaño del respeto a la vida humana, de las atrocidades cometidas después por el régimen falangista, cuyo triunfo deseó públicamente desde el extranjero? ¿Qué pensará también Ortega y Gasset, a quien se le antojaba agrio el perfil de la República simplemente porque llegaban hasta su tebaida los ecos de las disputas de la calle? Antes había gritos, por lo común poco agradables, en España. Ahora hay un silencio mortal, como corresponde a un país que se ha poblado repentinamente de muertos. A los que repudiaron a la República porque parecía ser, a veces, más vocinglera de lo correcto ¡cómo debe pesarles en la conciencia el terrible silencio actual!

Los soldados británicos y de los Dominios, de guarnición en El Cairo, así como las mujeres de los servicios auxiliares, organizaron un plebiscito a modo de "elecciones" para elegir un "parlamento" de 220 diputados. Los resultados fueron: laboristas 119, nuevos socialistas del Partido Commonwealth 55, liberales 38, conservadores 17.

GALDOS

O EL OPTIMISMO LIBERAL

V

UNAMUNO Y GALDOS

En reciente trabajo sobre Galdós —la mujer en la España de Galdós—, nuestra compatriota la insigne escritora María Zambrano evoca la sombra de Unamuno. Los dos excelsos españoles son, sin embargo, tan distintos que sólo pueden igualarse en su grandeza.

Unamuno es un español de todos los siglos españoles. En el siglo XV hubiera servido a Isabel la Católica, y en el siglo XVI, al emperador Carlos V. Hubiera sido uno de los grandes teólogos del Concilio de Trento, un campeón español de la Contrarreforma, un Gran Inquisidor. Unamuno es un contemporáneo de todo lo español. Es un contemporáneo de Santa Teresa, de Don Quijote y Sancho, sobre todo de Sancho —a Don Quijote le interpreta más; pero a Sancho le siente más—, a la vez que de Quevedo y de Larra. En Unamuno hay de Fray Luis —aunque le haya llamado alguna vez cochino onanista—, y de Góngora y de Gracián. Hay a la vez de San Ignacio y contra San Ignacio. Galdós, hombre del siglo XIX, es un progresista; es esto lo que, al mismo tiempo que le da su grandeza, lo limita. Unamuno es un antiprogresista. Unamuno es un español de Salamanca, de Avila, de Medina del Campo, de Olmedo, de Arévalo, de Segovia, de Villacastín... En las Comunidades —él mismo lo dice— hubiera estado con el gran emperador y contra los comuneros. Le cuesta trabajo ponerse a tono con el movimiento de la Historia. Es de los que se revuelven contra "la leyenda negra". Es lo que explica su actitud en 1909, frente a Ferrer, y más tarde su actitud frente a la República, que él ha contribuído a traer, sin embargo, quizás más que ningún otro, dramatizando el proceso en la lucha del rey contra su pueblo —que es él, Unamuno—. Como Melchor Cano, como Arias Montano, como el arzobispo Fray Tomás de Villanueva, es un antijesuíta, y, no obstante, defiende a los jesuítas cuando el famoso decreto de disolución de la Compañía. Dice que no es católico y le sale todo el catolicismo que lleva dentro. No sólo no es librepensador, sino que es cosa bien distinta de un librepensador. Es un hereje. En los siglos de la Inquisición hubiera estado dando constantemente que hacer al Santo Oficio...

Galdós y Unamuno son los dos grandes viajeros que conocen palmo a palmo el territorio nacional. Pero Galdós va de cumbre en cumbre y de río en río, de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, siguiendo el curso de la Historia, envuelto en su torbellino, viviéndola y escribiéndola. Unamuno, cuando se posa sobre una cima, sobre un canchal de la Peña de Francia, o una cumbre de Gredos —ara gigante de Castilla, que dijo el poeta—, se pone, no sólo fuera de la Historia, sino frente a la Historia. Galdós es como la corriente de un río, bulliciosa y alegre o desbordada y trágica. Unamuno es como un delta que contempla al río desparramarse y perderse en el mar. Galdós se halla frente a un horizonte unas veces tranquilo y otras tormentoso, siempre movible y cambiante. Unamuno, frente a un cielo en que el torvo y siniestro buitre no es nada, en que el águila soberbia no es nada, en que la misma tormenta pasa y se deshace sin dejar huellas: frente a un cielo inmenso y eterno.

Es esta idea o sentimiento de eternidad lo que explica la actitud de Unamuno, a primera vista incomprensible, ante el movimiento nacionalista español. En otros —no hace falta nombrarlos— es un caso de señoritismo intelectual. Se ponen frente a la masa por aristocratismo sabio o sabihondo. Desdeñan a la masa por espíritu científico o por espíritu pedantesco. Unamuno comete un error trágico... una falsa visión de españolismo, de casticismo... una falsa visión de la España eterna. Y al advertirlo, en vez de sobrevivir como un náufrago, como un despojo científico, como una pavesa intelectual, se acoge a la eternidad. Para eso era un gran hombre de verdad, o, como él diría, nada menos que todo un hombre...

Acaso Unamuno es más grande. Pero Galdós es más humano. Cuando nos acercamos a Unamuno —no obstante ser tan espiritual y tan jugoso— tocamos la dureza, sentimos la aridez. Cuando nos acercamos a Galdós —Galdós el mujeriego, el padre de tantos hijos, no sólo del espíritu, sino también de la carne pecadora; el Galdós del Madrid castizo y de las castizas madrileñas— sentimos la humana flaqueza, pero también el humano amor, la humana comprensión y la humana misericordia. Unamuno es el fondo ascético, el pedernal, el granito de la raza; Galdós es de carne y hueso como sus héroes, sus admirables y pobres héroes —el dolor de Fortunata, la tragedia de Angel Guerra, la santa simplicidad de Nazarín—. El espíritu de Unamuno trasciende a esfinge o a oráculo, y requiere siempre —no obstante la fuerza de la sarmentosa pluma— la interpretación sibilina. El espíritu de Galdós es como un signo familiar, bajo el cual nos reconocemos todos. Con Unamuno somos españoles eternos, españoles de la raza. Con Galdós somos los hijos de nuestro tiempo, los hijos de la España del siglo XIX, la España en que viven su ilusión dorada Gabriel Araceli, su escepticismo amargo Salvador Monsalud y su idilio en medio de la guerra Fernando Calpena; la España de Torrijos y de Mariana Pineda, del infortunado librero Miyar y del pobre sastre Gil; la España romántica de Olózaga y de don Joaquín María López; la España de los audaces guerrilleros, de los frailes intrigantes y de las monjas milagreras; la España de las caídas tremendas y de las prodigiosas resurrecciones, de las ominosas décadas y de los gloriosos bienios, de la revolución siempre frustrada y siempre renaciente; la España de los "Episodios Nacionales", que no se agotan con la truncada quinta serie, sino que continúan en Madrid, y en Asturias, y en Guadalajara, y en Teruel, y en el Ebro... ¡La España que hemos dejado allá... y que nos espera!

ALVARO DE ALBORNOZ

"El crimen contra España ha formado ya una conciencia execratoria. El mundo más sensible a los imperativos de la ley y del derecho, se eleva como juez ante el crimen y formula implacablemente su acusación. Esta conciencia ha tardado en formarse y es que mientras se disparaba contra España con balas dentro de ella por los agresores, fuera de ella se disparaba contra ella con calumnias. Dentro, para abatirla, se la quiso matar; fuera, se la quería deshonrar. La conciencia ha salido ya de la duda, y ante el conocimiento de la verdad, acusa. Acusa a las autocracias que no han vacilado en atacar a una democracia legítima; acusa al Vaticano que no ha sabido ser una palabra de condenación para los agresores, de piedad para los agredidos y de invocación a la paz de Dios para todos; acusa a los generales que han olvidado la misión del ejército y lo han convertido en instrumento de subversión política y social; acusa a las dignidades de la Iglesia que se han alzado en beligerantes contra la legitimidad de un poder, contra el orden civil de un pueblo y contra el progreso que aspiraba a cumplirse dentro de las exigencias y estímulos de una democracia creadora; acusa a las fuerzas conservadoras que, en la posibilidad de ser colaboradoras de una obra constructiva moderna han preferido ser cómplices de una destrucción. La conciencia, ante el hecho incalificable, adquiere categoría suprema y la acusación se magnifica con el temblor indignado de una maldición histórica".—MARCELINO DOMINGO.

Cartas son tiempos.

VALIJA indiscreta

DIETA FALANGISTA

El Diario de Navarra *ha afirmado que los libros de don Salvador de Madariaga dejan mal sabor de boca a los españoles. "Sin duda—comenta el ex ministro del bienio negro—debe referirse a los que se comen los libros en vez de leerlos, gentes cuya existencia sospechaba yo en la España de la Falange, pero sin pruebas hasta ahora". ¿Se extraña don Salvador de que los españoles coman libros? Entonces ¿qué van a comer? Franco les quita—para enviarlo a Alemania—el aceite de oliva, el arroz, las patatas tempranas, el pan blanco, cuanto constituía un alimento normal en la odiada época plutodemocrática, cuando todavía había biftecs con patatas. ¿Va a quitarles ahora don Salvador los libros? Lo que debía es agradecer la preferencia que tienen por sus obras, considerándolas, acaso, menos indigestas que las del señor Pemán o las del señor García Sanchís, que son realmente poco nutritivas.*

Por otra parte, no resulta menos cuerdo comerse un libro que empeñarse en construir un Imperio vertical y azul, *y, además, la papirofagia no es nueva en la España de la Falange. Uno de sus precursores, don Ramiro de Maeztu, devoraba periódicos. Lo saben bien los antiguos redactores de* El País*—Maeztu lo fué una temporada—; y don Roberto Castrovido recordaba que había que esconder en la redacción los ejemplares de* La Epoca, *porque era el periódico que más le gustaba al filósofo de la Hispanidad. Se lo comía con la misma delectación con que Martínez Sol o algún otro compañero de redacción se engullía un arroz con cangrejos.*

Don Salvador no puede ignorar este régimen alimenticio que constituía la debilidad de don Ramiro, pues ambos ilustres escritores eran antiguos amigos, desde los tiempos en que el grupo de intelectuales españoles que residía en Londres, antes de la otra guerra, se reunía para leer a Kant en casa de Maeztu, llamada por eso la kantina.

..Maeztu se comía en aquellos tiempos los periódicos ingleses —con preferencia el Manchester Guardian*—, y cuando afirmaba solemnemente que la prensa inglesa era mejor que la española, no se refería a que publicase mejores artículos de fondo o informaciones más interesantes, sino que le resultaba un manjar más exquisito. Lo decía como cualquier otro caballero podría afirmar: "A mí me gustan más los riñones al jerez". Hablaba, pues, no como lector, sino como "gourmet".*

Si un precursor de la España de la Falange comía periódicos ¿qué de particular tiene que en esa misma España falangista las gentes coman libros? Ello sólo marcará un progreso—un mayor afán de cultura, como quien dice—, y no será extraño oír decir el día de mañana a cualquier joven "pelayo" de hoy: "A mí me destetaron con un tomo del poeta Ruidrejo"..

No faltará, seguramente, algún sabio alemán de los que van ahora a dar conferencias científicas en Madrid que descubra cuántas vitaminas contiene el diario Arriba *o las obras completas de don Pedro Mata. Y una vez establecido para los españoles un menú a base, por ejemplo, de media plana de* El Alcázar *y dos capítulos de la última obra poética de Marquina, el sabio alemán continuará llevándose a su país el pan, el arroz, el aceite, las patatas, etc., para seguir comiendo en la Alemania nazi como comía en la funesta época judeo-masónica de la República de Weimar. Nuestro consuelo es que no tardará mucho ese sabio alemán en tener que desayunarse con un número de la* Volkischer Beobachter *o un par de pliegos de la edición económica del* Mein Kampf.

EL VALIJERO.

Junta Española de Liberación

Trabaja el Consejo Técnico

El Consejo Técnico, con intensidad y entusiasmo, está trabajando silenciosamente sobre los temas que se consideraron preferentes en sus estudios sobre la reconstrucción de España.

Para el mejor examen de las cuestiones se crearon nueve Secciones, enconmendándole a cada una un conjunto de materias íntimamente relacionadas. Todas ellas se reúnen, separadamente, por lo menos una vez a la semana. Para la preparación de los distintos dictámenes se nombran ponentes individuales o Comisiones compuestas generalmente de tres o cuatro Consejeros. En algunas de las Secciones funcionan simultáneamente más de veinte Comisiones, que estudian los asuntos que se les han encargado, sin suspensiones ni dilaciones, hasta que se encuentran en condiciones de ser llevados al pleno de la Sección.

Cuando alguna cuestión ofrece aspectos que pueden ser estudiados mejor por alguna otra Sección que la que viene examinándola, por conducto de la Mesa Directiva se encomienda a la Sección o Secciones que corresponda que informe sobre el asunto, con el objeto de que el estudio final sea lo más completo posible y en él puedan intervenir los Consejeros más especializados en los problemas examinados.

Como muestra del interés que todos los miembros del Consejo ponen en el desempeño de su labor, en las tardes de los sábados y en los domingos, por ofrecer más facilidad para asistir, se celebran reuniones del pleno de algunas Secciones, siendo frecuente que en ellas no falte ni uno solo de la veintena de Consejeros que las integran.

CORREOS DE CUBA

La Constitución de 1931 es el título más limpio de la República

Al habla con don Pascual Morán, delegado de la Junta Española de Liberación.

¿Tenemos necesidad de presentarlo? Don Pascual Morán es hombre bien conocido. Cincuenta años de Cuba. Vino un día de su tierra leonesa, todavía muy niño. Unas ideas en la cabeza que pugnaban con la organización social de su pueblo —el cura, el cacique, la Guardia Civil— y unas ansias locas de trabajar. Trabajó y trabajó. Hoy es propietario, por su esfuerzo, de uno de los mejores hoteles que elevan el rango de nuestra capital.

De Pascual Morán ha hecho el mejor elogio el Premier del Gobierno cubano, doctor Zaydín, en el banquete a los Profesores congregados por la Conferencia de La Habana. "Es —dijo— un demócrata de toda la vida". Y lo dijo quien, desde niño, lo conoce.

Ahora ha sido nombrado Delegado en Cuba de la Junta Española de Liberación. Una sorpresa, primero que para nadie, para él. Ni lo ambicionaba ni lo pensó jamás. La noticia le llegó por los periódicos y fué confirmada, días después, por una carta que trajo, para mayor seguridad y hasta mayor solémnidad, la vía diplomática.

Por lo mismo que no aspiraba al cargo, ni va a usar de él en su provecho, al Delegado de Cuba de la Junta de Liberación no le importa más que cumplir con su deber. Le molesta la publicidad y le irrita que haya quien le envidie el nombramiento.

SON COSAS DEL OFICIO

—¿Cuáles son sus propósitos al frente de la Delegación cubana de la Junta de Liberación?

Pascual Morán se queda un poco perplejo, guiña instintivamente un ojo —gesto en él característico— y repite, en voz baja:

—¿Mis propósitos? No puedo tener otros que los que la Junta Española de Liberación me comunique. Mi labor personal, modesta, pero entusiasta, será, ahora como siempre, ayudar en cuanto pueda. No soy un improvisado en este terreno. Durante la guerra, hice cuanto pude y, sobre todo, lo más calladamente que pude. Contribuí. Colaboré. Igual ahora. Yo no quiero publicar cuantas gestiones silenciosas he hecho en favor de éste que llegaba sin documentación bastante; del otro al que había que conseguir pasaje para México; del de más allá que necesitaba del pequeño auxilio que yo podía proporcionarle... Pero eso no merece la pena ni recordarlo. Otros republicanos, con el mismo deseo anónimo, han hecho otro tanto, o más.

Le doy una vuelta a la pregunta de antes:

—¿Qué se propone entonces la Junta Española de Liberación? ¿Cómo surgió? ¿Por qué? ¿Para qué?

Pascual Morán, ante el aluvión de interrogaciones, se echa las manos a la cabeza ya nevada. Pero se repone. Sonríe:

—Con plena autoridad, están contestadas esas preguntas en el manifiesto de ella y en el magnífico discurso de Prieto que acabo de recibir. Por verdadera casualidad, yo asistí en México al nacimiento de la Junta Española de Liberación. Estaba en la capital azteca, con motivo de un congreso de hoteleros, cuando vi anunciado un mitin de los republicanos españoles en el teatro Hidalgo. Fuí, naturalmente. Se trataba de un homenaje a Companys, en el aniversario de su fusilamiento. Lo presidía el ex ministro catalán Miguel Santaló. Hablaron Antonio María Sbert y Pedro Bosch Gimpera, ex consejeros de la Generalitat; Jáuregui, por los Nacionalistas Vascos; Alvaro de Albornoz, por Acción Republicana, y Alejandro Gómez Maganda, ex cónsul de México en Barcelona, en los días de la guerra civil.

—¿Fué Indalecio Prieto el que resumió los discursos?

—No. Le correspondió esa misión, por mil títulos innecesarios de recuento, a Martínez Barrio. Indalecio Prieto habló el penúltimo, cuando la atmósfera estaba ya cargada de la emoción de los anteriores discursos, todos ellos sentidos y elocuentes. Pero Indalecio Prieto fué el que electrizó al auditorio. ¡Qué oración! No fué solamente producto de sus dotes, en la más espléndida de las madureces. Fueron la amplitud de sus declaraciones, su sentido de la responsabilidad y, sobre todo, la enorme emoción que puso en sus palabras y que logró contagiar al público. Muchos espectadores lloraban. Y un aplauso tan cerrado como pocas veces he oído en mi vida, premió aquella pieza insuperable, que creo tendrá repercusiones históricas.

—¿Históricas?

—Sí, porque la primera de ellas ha sido la creación de la Junta de Liberación. La unidad de los republicanos no acababan de cuajar. Desde hacía dos años se venían haciendo gestiones. Hubo intentonas plurales: Acción Republicana, la Conferencia de Montevideo... Cada vez se reconocía más la necesidad de un movimiento unificador y auténtico, estricta, claramente republicano. Podía ocurrir que Franco se derrumbase cualquier día y que ciertas cancillerías alegasen incluso, para apoyar una monarquía en España, que los republicanos nada habían dicho, ni ningún programa tenían formulado, ni siquiera se entendían. Mas otras lamentables querellas se oponían a una acción tan urgente. El mismo Prieto y Martínez Barrio estaban distanciados.

—¿Fué el acto en honor a Companys el que los unió?

—Efectivamente. De él salió el clima propicio. Las voces de socialistas y republicanos se habían soldado sin reservas, fraternalmente. Vascos y catalanes vibraban al unísono. El propio Martínez Barrio había elogiado el sentido de responsabilidad que entrañaban la actitud y el discurso de Prieto. Y al calor de todo ello, rápidamente, en días, se hizo realidad aquella idea que vagaba sin concreción entre los refugiados en México desde hacía años. El mismo día en que la Junta quedó constituída, al ser nombrado Martínez Barrio Presidente, e Indalecio Prieto Secretario —con Antonio María Sbert y Alvaro de Albornoz de vocales— Prieto se acercó a don Diego y, tendiéndole la mano, le dijo: "Puesto que vamos a tener que trabajar juntos, por mí olvidaré cualquier mal entendimiento". Y don Diego Martínez Barrio le contestó: "Igualmente por mí, y con toda lealtad".

COMUNISTAS Y NACIONALISTAS

—¿Puede usted explicarme la causa concreta de que permanezcan al margen de la Junta de Liberación los vascos y los gallegos, así como los comunistas?

—Es muy clara. La Junta no excluyó a nadie. Pero los nacionalistas vascos, con toda franqueza, expusieron en la reunión convocada para constituir la Junta, que ellos aspiraban a la plena libertad de Euzkadi. Gordón Ordás, en nombre de los republicanos, le suplicó a Monzón, que representaba a los vascos, que formasen parte del organismo ateniéndose a la Constitución de 1931, establecedora de un régimen de autonomía para las regiones. Alegó que, sin hipotecar el futuro, los republicanos no podían, por sí solos, conceder más que lo que las Cortes habían votado. Monzón alegó que la Constitución estaba rebasada por los sucesos históricos y que las instrucciones de su Gobierno no le permitían otro pacto. Fué un diálogo cordial, pero infructuoso. No obstante, se confía en la Junta que los vascos puedan en cualquier momento regresar a ella.

—¿Y en cuanto a los catalanes?

—Los catalanes figuran en la entidad representados por dos partidos: Esquerra Catalana y Acción Catalana Republicana.

—Por lo que hace a los gallegos...

—Por lo que hace a los gallegos —Morán recoge en el aire mi pregunta intencionada— usted sabe bien que su caso no es exactamente el mismo que el de los vascos y catalanes.

—¿Cómo no es lo mismo, si el Estatuto ha sido objeto de referéndum y presentación en las Cortes?

—Sí. Pero falta ser dictaminado por la Comisión correspondiente y aprobado por el Parlamento. De todas maneras, es de suponer que la primera labor del Congreso republicano será darle el mismo "status" que al catalán y al vasco.

—Eso en el caso —retruco— de que no se acordase antes modificar la Constitución en sentido más amplio. Una República Federal, por ejemplo.

Morán me dice:

—Pudiera ser. Somos federalistas casi todos los republicanos. Pero, en fin, la Junta Española de Liberación tiene su punto de arranque y de meta en la Constitución de 1931 y no es ella quién para alterarla. Es más: si lo hiciera perdería la razón de ser la legalidad republicana, que es el título más limpio que la República invoca para ser jurídicamente restablecida.

—Pero todas estas opiniones sobre la cuestión gallega representan sólo mi modestísimo criterio —añade Morán—, pues la Junta, con gran acierto, así ese asunto, como otros también importantes que no se encuentran planteados en la actual Constitución de 1931, los dejó para estudiar en el propio territorio español y resolverlos allí conforme a la serena opinión de la mayoría, expresada por los medios en uso de que las democracias disponen. Por eso los partidos integrantes de la Junta Española se hallan sólo unidos para propiciar la restauración de la República y su Constitución de 1931, pero después de obtenido ese objetivo primordial e inicial cada entidad política conserva su independencia de criterio para defender sus aspiraciones peculiares. Ello se encuentra específicamente aclarado en el manifiesto que la Junta Española de Liberación publicó. Documento admirable, sereno y patriótico que enjuicia y expone los problemas con escueta sinceridad; sin frases demagógicas que escamotean los conceptos, velan la realidad del propósito y cubren "mercancía" averiada.

V. de E.

Habana, marzo.

DESAFIO

¿Pero aquí quién es el amo?

III.—LA YUNTA DE MULAS

También, también Madrid tiene, por aquel lado, su Castilla, su trigo, sus yuntas y su calendario, que no digo el de los ministerios, con hojas grandes y los cuatros y los ochos descomunales, y en rojo el día de Corpus, sino el calendario del Sol, con el arado a su tiempo, y la siembra, y ora la siega y luego la trilla.

También, también por tierra de Madrid, y bien de madrugada—azul oscuro aún el amanecer lento y remoto—, van las yuntas a la labor, con las cuatro orejas destacándose sobre las primeras claridades del cielo y las mangas de las camisas destacándose sobre la última negrura de la noche que se va.

Y aquí está, en su faena, el castellano de las tierras de Madrid. El cielo llega hasta abajo; y con el rejo en tierra, el perfil en el cielo—medalla de buen cogote—y de cara a las nieves soleadas del Guadarrama, aquí está el castellano de las tierras de Madrid.

Sigue corriendo el calendario, y también a la verita de los Madriles, pero a mil leguas de "La Verbena de la Paloma", este nuevo día de agosto, con el Sol reciente que levanta con sus rayos —tumbados todavía desde el Este—ese polvillo de oro que da el paisaje de la trilla; paisaje tan intensamente dorado, que hasta el cielo está tímido para poner su cubierta de azul fuerte, y se sostiene tibio y blanquecino.

Ni montañas ni pueblos, ni ríos ni alamedas; todo de oro: el horizonte dorado, dorados los montones de la mies brillante, de oro el aire y la luz... Y en movimiento sobre la parva—gran ruedo de partículas áureas—, nuestras dos mulas de tierras de Madrid y un chiquillo moreno subido en el trillo, con su sombrero de paja ordinaria de alas caídas y despuntadas, y su camisa blanca, holgada como blusa, con las mangas abiertas.

¿Qué sabe el oro viejo, caliente, de la bola de Gobernación, de este paisaje que tiene a cinco o seis kilómetros, tan dorado como si lo hubiese tocado la magia del Rey Midas?...

—Pues aquí—replica el castellano—, "pa" convertir en oro el paisaje, ¡hay que ver las "patás" que hay que dar, y los fríos que hay que pasar en el "ivierno", y los hielos y la sequía, y el fuego del estío!...

—Sí, pero ¿y ese pan de Madrid?

Aquí hay una muestra: el muchacho corta por la recta exacta de la costumbre un bonete de su hogaza tosca, dejando al descubierto aquella miga blanca, esponjosa y maciza a la vez, que está pidiendo meter en su seno un cacho de chorizo recién frito, con su grasilla roja y todo.

Pero la tierra madrileña fué señalada por el dedo de la ambición y la "masacre". Y llegaron aquellos aviones de la familia de Mussolini, cargados de muerte para el pueblo español, y allá va el macho al galope de su espanto, con los ojos desorbitados, hasta que ya no puede correr más; y es que lleva a la arrastra el peso muerto de la "Sultana", enganchado a la yunta de trágica manera.

Cuando al cabo de unas horas fueron a desengancharlo, allí estaba quieto, con la cabeza difícilmente torcida, junto a la mula de vientre hinchado y patas rígidas.

Y una vieja castellana de estas tierras mártires de Madrid, llorando y con el pañolón del nuevo luto sobre la cabeza, decía, entre otros lamentos, a los que volvían del entierro del chico:

—Mal "comparao", en los animales "tié" que ser como en las personas... ¿Cree "usté" que el macho no ha "tenío" que tener su odio "drento"?...

ANTONIORROBLES.

Compás de Guerra

Frente Balcánico

La interrupción que desde hace días han sufrido las negociaciones de las Naciones Unidas con Turquía, y más que nada el cese de los envíos de armas y pertrechos militares que bajo las cláusulas de la "Ley de préstamos y arrendamientos" estaban los turcos recibiendo de Norteamérica, puede tener, si continúa y no se llega a un arreglo, repercusiones en la marcha de la guerra, al mismo tiempo que constituye un índice del valor que el apoyo anglo-sajón tiene a los ojos de los países neutrales. Es sumamente probable que las negociaciones con la "Sublime Puerta" tendieran a que ésta abandonara la neutralidad que hasta ahora ha mantenido, si no de manera activa, por lo menos permitiendo el paso de los ejércitos aliados por territorio turco a fin de atacar los Balcanes a través de la Tracia, que forma la parte europea del antiguo imperio otomano. Es lógico deducir, ante la ruptura de las conversaciones entabladas, que el Gobierno turco no se decide a salir de su neutralidad arrostrando las consecuencias de un ataque alemán, del que pudiera salir mal parado, recordando sin duda la precaria ayuda que los ingleses pudieron prestar a los griegos, cuando acosados por los alemanes pidieron que les enviaran diez divisiones con las que restablecer el frente. No le pudieron mandar más que cuatro, lo que era totalmente insuficiente, y para ello tuvieron que sacarlas de mala manera de Libia dejando al general Wavell con menos de la mitad de la fuerza blindada que tenía y sin poder terminar la campaña que tan brillantemente había empezado. La defensa que estas pocas unidades hicieron en Grecia fué a la desesperada, pues se sabían derrotadas de antemano y sólo se trataba de ganar tiempo, al par que se tapaba la boca a las críticas del Parlamento inglés que hubiese atacado duramente al Gobierno si no se hubiera mandado a Grecia el auxilio ofrecido. Vino después la conquista de Creta, que no es tampoco muy adecuada para dar confianza a los turcos, a pesar de que las tropas británicas se batieron con heroísmo, porque no solamente es el primer ejemplo de un territorio conquistado mediante el uso exclusivo de para-tropas, sino porque en los siete meses que los ingleses ocuparon la isla no hicieron casi nada para fortificar sus defensas naturales. Y todavía hay otro tercer ejemplo que hace aumentar la desconfianza del Gobierno de Ismet Inonu, y que demuestra cómo los acontecimientos cogen desprevenidos una y otra vez a los dirigentes británicos: cuando la capitulación de Italia, parecía que las Naciones Unidas deberían haber ocupado la mayor parte de las islas del Dodecaneso, anticipándose a los alemanes; no fué así, y no solamente éstos se apoderaron de la mayor parte del archipiélago, sino que las tres islas que por excepción cayeron en poder de los ingleses no pudieron sostenerlas mucho tiempo. La posesión de estas islas, juntamente con todas las del mar Egeo, situadas a cortísima distancia de la costa turca, gran parte de ellas con bases aéreas establecidas por la Luftwaffe, como las de Mytilene, Chios y Samos, a menos de 15 minutos de los Dardanelos, dificulta extraordinariamente la ruptura de hostilidades por parte de Turquía, cuyas defensas están concentradas en los Estrechos, con gran parte de su ejército en Tracia detrás de la línea de Chatalja; todo su sistema defensivo se puede fácilmente contornear mediante desembarcos mixtos con base en estas islas, y tal vez también por el mar Negro, desde bases rumanas.

* * *

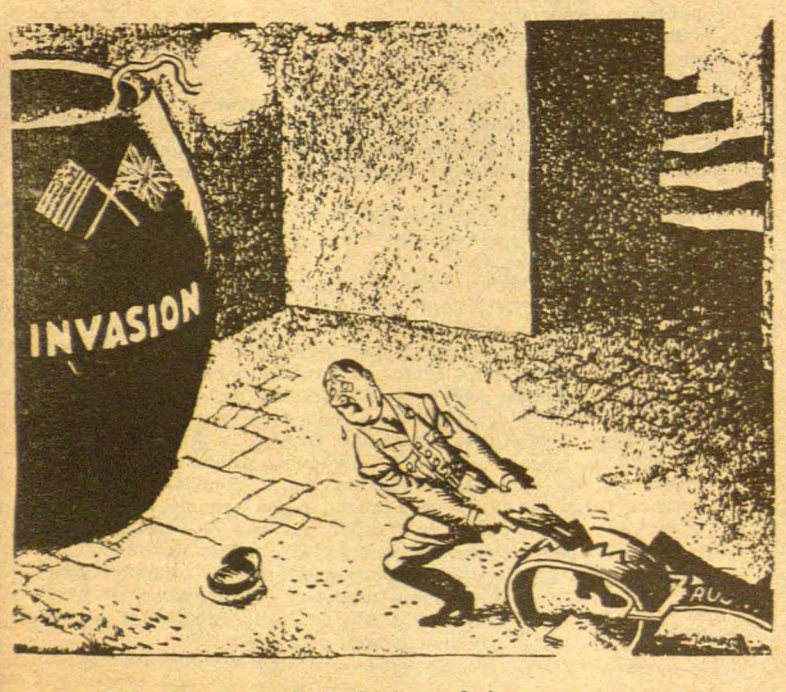
Hay, por tanto, que desechar la posibilidad de una invasión de los Balcanes partiendo de una base terrestre del lado de los aliados, lo que plantea de nuevo la cuestión del desembarco. Con el mapa a la vista, el único sitio donde parece factible es en las costas del Adriático, bien en Albania, que presenta la mínima distancia de la costa italiana con los puertos de Tarento, Brindisi y Otranto, y los albaneses de Valona y Durazzo, con el inconveniente de estar flanqueadas las comunicaciones a corta distancia por Corfú y otras islas en poder de los nazis; o bien en la parte de costa yugoeslava que cae enfrente de la que dominan las Naciones Unidas, cuyos puertos son de poca importancia. En Yugoeslavia existe la enorme ventaja de que gran parte del país está levantado contra el invasor, haciendo una continuada y pertinaz oposición mediante guerrillas tan bien organizadas y numerosas que casi constituyen un verdadero frente. Esta guerra irregular con partidas de guerrilleros fué organizada en sus comienzos por el general Draja Mikhailovitch, y prestaron buenos servicios cortando los trenes que aprovisionaban al mariscal Rommel durante sus ofensivas sobre Egipto. Después se presentó en escena el general Josíp Broz, también conocido por "Tito", que estuvo en la guerra de España con un tercer nombre precisamente organizando los guerrilleros, donde, por cierto, no dieron el juego que correspondía a la gloriosa tradición del país, y últimamente ha alcanzado tales éxitos que el primer ministro Churchill, con un excelente criterio, ha decidido considerarlo como primer jefe militar a pesar de los inconvenientes políticos que encuentra, manteniendo oficiales de enlace, mandándole créditos y haciendo llegar a sus manos todo el armamento posible. Es evidente que las fuerzas de desembarco encontrarán poderoso auxilio en estas unidades irregulares, que suman un número considerable de hombres. Las vías de comunicación, en cambio, no son buenas, atravesando zonas montañosas difíciles que pondrían a prueba la habilidad de los ingenieros militares del ejército invasor; los puertos, como hemos dicho, son medianos y realmente para contar con buenos elementos portuarios habría que esperar la completa ocupación del Adriático y utilizar Trieste y Fiume; pero esto se sale fuera de las predicciones posibles. Además, en este caso, seguramente sería más decisivo avanzar por el paso del Loibl hacia Viena, o más al sureste con dirección a Budapest, llave de la cuenca del Danubio, con lo que quedarían cortados los países balcánicos, siendo entonces su resistencia factor despreciable.

* * *

Un desembarco en Grecia, donde también existen guerrilleros, aunque en menor cuantía, ofrece la enorme dificultad de requerir la ocupación previa del cinturón de islas que rodea las costas de la antigua Hélade, operación múltiple, difícil y costosa y, sobre todo, excesivamente larga, a pesar de la abrumadora superioridad naval y aérea de los anglosajones; sin esta ocupación, el desembarco sería imposible.

Mirando otra vez el mapa, para señalar los últimos avances soviéticos, no se puede menos de observar la proximidad cada vez mayor de las fuerzas rusas a la frontera rumana. Y esto nos lleva de la mano a pensar si tal vez la solución militar del problema balcánico no estaría simplemente en acelerar el esfuerzo de los ejércitos moscovitas mediante la aportación material de las Naciones Unidas en un ejército de coalición, para doblar el poder ofensivo de los rusos y no dar tregua ni descanso a los alemanes e impedir su reorganización. Tal vez sea ya tarde para formar el ejército coaligado, dado que la campaña está tan avanzada que es natural que el mando ruso sea de opinión que ellos solos la pueden terminar victoriosamente, y si solamente se tratara de libertar del invasor el territorio de la U.R.S.S. es evidente que tendrían razón. Pero la guerra no puede terminar sin la anulación del nazismo como fuerza política, en lo que los comunistas están tan interesados como las democracias, para lo cual hay que llegar a Berlín, y en esta tarea todos los esfuerzos que se aunen serán necesarios.

A. F. BOLAÑOS.

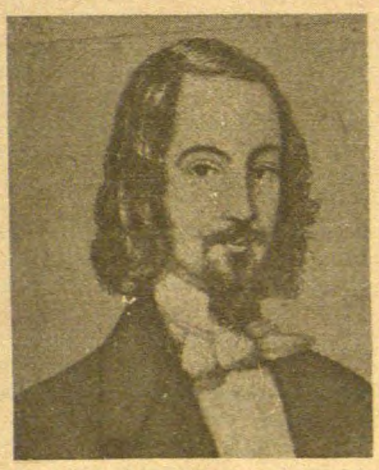


¡Se acaba la mecha!

La persona a quien las consideraciones me obligan a llamar Monseñor Obispo de Mallorca, firmó la carta colectiva del Episcopado español; presumo que la pluma temblaría entre sus viejas manos. El no podía ignorar nada de esos asesinatos. Yo se lo diré en la cara donde y cuando quiera. Le contaré aún ete hecho: uno de los canónigos de su catedral, a quien conoce muy bien, predicador de renombre, licenciado en Teología, parecía aprobar sin restricción a la autoridad militar. Esa parcialidad inquietaba a una de sus penitentes, que en cierta ocasión propicia se atrevió a interrogarle. El desalmado la escuchaba sin inmutarse. —"Pero, en fin, usted no podrá aprobar que..." —"Yo no apruebo ni desapruebo—respondió el fraile siniestro—. Desgraciadamente, Su Gracia no se da cuenta de las dificultades de nuestro ministerio en la Isla. En la última reunión de los curas, y bajo la presidencia de Monseñor, pudimos comprobar que el último año sólo el 14 por ciento de los mallorquinos festejó las Pascuas. Una situación tan grave, justifica medidas excepcionales".—GEORGE BERNANOS.

Espíritu de España

1844 - 1894 - 1944



Don José Zorrilla.

La gracia y el genio de nuestra raza se escalonan, se renuevan. Ahora Castilla está en la racha de las conmemoraciones, como podrían estarlo Andalucía o Cataluña, Aragón o Extremadura, el Cantábrico o Levante; España es así.

En nuestro número pasado destacábamos el medio siglo de "La Verbena de la Paloma", genio y gracia —gracia: aire popular—de don Tomás Bretón, sin olvidarse de don Ricardo de la Vega; pero también en este mes de marzo se celebra el centenario de "Don Juan Tenorio", genio y gracia del poeta; y decimos gracia, en lo que ello significa agilidad, soplo natural.

Zorrilla y Bretón: Valladolid y Salamanca. El "Tenorio" y "La Verbena": Sevilla y Madrid. En definitiva: que España renueva su genio con inquieta frecuencia, y su gracia bien podría decirse que todos los días.

¿Y no habrá un pajarito verde que le diga al "generalísimo"—como le llaman en broma sus amigos—, que eso de la "España una, grande, etc.", no tiene nada que ver con la gracia y el genio de España?

Pues ya se lo dirán algún día los españoles.

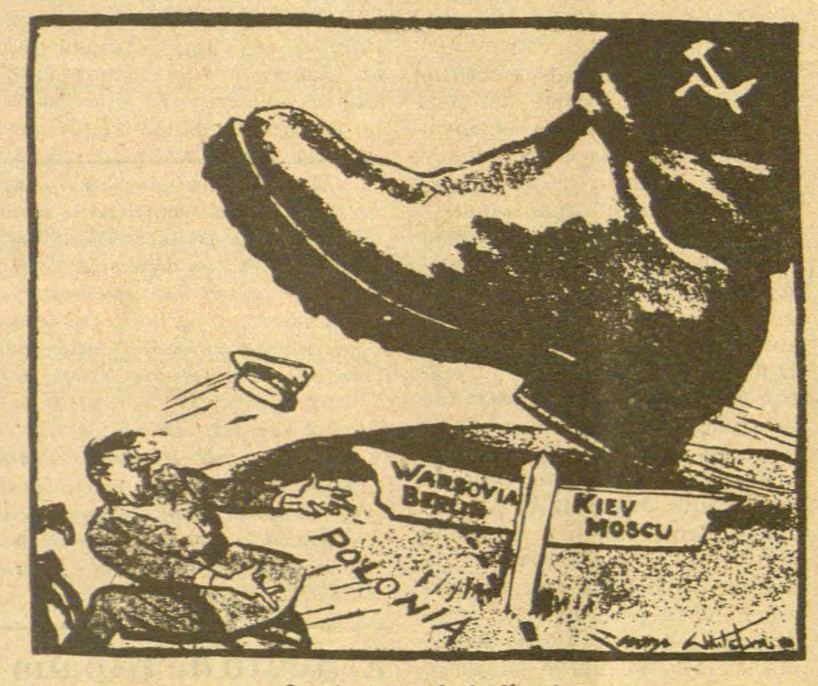
La autoridad militar, desconfiando ya a causa del creciente disgusto que sentía subir a su alrededor y temiendo que se hiciera peligroso el descontento de la Falange, a la que se acababa de retirar bruscamente las armas, adoptó un tercer método de depuración, más discreto aún: Los prisioneros juzgados indeseables, recibían una mañana cualquiera noticia de su liberación, consecutiva a su "no ha lugar". Firmaban el registro de salida, daban el recibo de los objetos antes confiscados, envolvían su paquete y cumplían, en fin, las formalidades indispensables, con el objeto de dejar a la administración penitenciaria enteramente libre de toda responsabilidad futura. A las dos de la mañana se les ponía en libertad, de dos en dos. Esto quería decir que a las dos de la mañana se encontraban en una calle desierta, frente a un camión y entre unos hombres armados de pistolas. "¡Silencio! Vamos a llevarlos a sus casas". Los llevaban al cementerio—GEORGES BERNANOS.

¿Dónde estáis, condenados?

Comentario Internacional

NEUTRALIDAD Y ESPIONAJE EN IRLANDA

La enérgica nota enviada por los Estados Unidos al Gobierno de Irlanda, reclamando de éste la expulsión de los agentes diplomáticos y consulares del Eje que se dedican en su territorio a actividades de espionaje, constituye una justa y severa condenación de la taimada política desarrollada por el vaticanista Eamon de Valera desde que se inició la actual guerra mundial. Al proclamar la neutralidad del Eire, desentendiéndose de una contienda que abarca a toda la humanidad y que no permite la egoísta e inmoral indiferencia de los hombres ni de los Estados, aseguró De Valera que Irlanda no sería utilizada en ningún caso como terreno de maniobras para atentar contra la seguridad británica. Se consideró entonces que tal declaración podría iniciar entre los dos pueblos una política de acercamiento y amistad que viniera a desvanecer los odios alimentados por los separatistas irlandeses en los horrores de la guerra civil. Conceder crédito a tales promesas equivalía, sin embargo, a ignorar el fondo de rencor antibritánico que anida en el pecho del gobernante irlandés, el cual siempre ha concebido la grandeza de su "verde Erin" construída sobre los despojos de una Gran Bretaña vencida. Equivalía, también, a ignorar sus secretas simpatías por la política de destrucción europea realizada por Hitler. Síntoma cierto de tales simpatías fué la actitud mantenida por De Valera durante la guerra española, autorizando y apoyando secretamente el envío de "voluntarios" irlandeses a Franco, oponiéndose a que la República estuviese representada en Dublin y tratando de ahogar en Ginebra—con la acción personal del propio De Valera—la apelación internacional ante la S. D. N. de nuestro Gobierno legítimo contra las potencias totalitarias agresoras. El Gobierno de Irlanda fué un enemigo de la República española en grado igual—aunque en forma más taimada—al que lo fueron los gobiernos de Alemania, Italia y Portugal.



¡Que te pasas de la línea!

De una Europa convertida en ruinas por el totalitarismo hitleriano—que, en definitiva, hubiera acabado también con la misma libertad irlandesa; pero tal es la ceguera de los "quislings" menores—esperaba De Valera obtener ahora la forzosa incorporación de la protestante Irlanda septentrional, para ser dominada por la intolerancia católica de los irlandeses del sur. Durante la primera guerra mundial el nacionalismo de éstos tomó en ocasiones la forma odiosa de la traición. Tal fué el caso de la sublevación de la Pascua de 1916, en la que De Valera, considerado por sus compatriotas en nuestros días como un gran genio militar, tuvo que rendirse a las fuerzas inglesas y fué condenado a muerte, de la que le salvó su nacionalidad norteamericana. De Valera nació, en efecto, en Nueva York; y es hijo de un inmigrante español de Cuba y de madre irlandesa. Los ingleses no quisieron provocar, en favor de quien entonces era ciudadano norteamericano, un movimiento sentimental en los Estados Unidos, donde la población de origen irlandés es más numerosa que en la propia Irlanda, e indultaron al insurrecto que había hecho armas contra la Gran Bretaña en guerra. La presión sentimental de los irlandeses norteamericanos sirvió con más eficacia la causa de la "isla esmeralda" que la furia fratricida de los montaraces guerrilleros del *Sin Feinn*. Mientras De Valera y sus secuaces deseaban la derrota de Inglaterra para erigir su Estado Libre, la gran nación inglesa, derrotando con sus aliados en 1918 a los Imperios Centrales, hizo posible el resurgir de nacionalidades europeas oprimidas—de las que sólo la Checoslovaquia de Masaryk y de Benés supo luego mostrarse digna del tremendo sacrificio mundial que había conducido a su resurrección—y este mismo movimiento, guiando el sentimiento liberal de Inglaterra, permitió seguidamente la formación del Estado Libre de Irlanda. Pero los separatistas irlandeses conservaron el rencor, la estrechez de miras, la insolidaridad y la falta de generosidad y de sentido universal propias de un rústico y estrecho nacionalismo que se nutría con el odio anacrónico a la Inglaterra de Jorge III. Desde que el movimiento *Sin Feinn* se convirtió en problema político inglés en los tiempos modernos, fueron ingleses—luchando contra la ofuscación conservadora e imperialista y el espíritu de represalia—los que ofrecieron mayores pruebas de generosidad, comprensión, tolerancia y sentido humano, hasta dar solución justa al problema. Contribuyó grandemente a ella la influencia política de los irlandeses norteamericanos sobre la opinión pública de los Estados Unidos y la de ésta sobre la propia opinión liberal británica.

Por eso tiene importancia extraordinaria que la severa amonestación al Gobierno del jesuítico De Valera proceda ahora de Washington y no de Londres, que se ha limitado a aprobar y secundar la iniciativa del gran país aliado. Cuando los Estados Unidos entraron en la guerra, fué preciso disponer de los puertos irlandeses del norte—enclavados en los condados ingleses que no forman parte del Estado Libre—para desembarcar allí, con el máximo de seguridad, los refuerzos norteamericanos enviados a Europa para su liberación. El Presidente Roosevelt se creyó en el caso de tranquilizar a De Valera, asegurándole que la presencia de aquellos efectivos militares en la Irlanda libre del Estado Libre no amenazaba a la neutralidad de este último país. Inglaterra por su parte no cerró—medida prevista ahora—los 450 kilómetros de frontera que separan al Ulster del Eire, y, a través de ella, espías, probablemente irlandeses, han facilitado informes de guerra a las representaciones diplomáticas del Eje en Dublin—la nazi, por ejemplo, está formada por dieciséis personas, a pesar de que no existen actualmente grandes problemas diplomáticos que resolver entre Hitler y De Valera—, las cuales los comunicaban a sus respectivos países por medio de instalaciones radiotelegráficas toleradas por la "neutral" Irlanda.

Inglaterra y los Estados Unidos continuaron surtiendo a este país de trigo, gasolina, carbón, acero y otras primeras materias, permitiendo que la neutralidad del Estado Libre proporcionase a los espectadores irlandeses una vida exenta de las privaciones que sufren los ingleses. Estos sólo reciben carne del sur de la isla verde, pero en cambio están contribuyendo al ahorro irlandés con el abono de altos salarios a los 30,000 irlandeses que han encontrado trabajo en las industrias inglesas del norte. Pretendía, además, el Gobierno presidido por De Valera que los Estados Unidos le vendiera barcos mercantes, a pesar de que dos suyos han sido torpedeados sin que siguiera reclamación alguna a Hitler por parte de Irlanda. Los Estados Unidos negaron la venta de barcos, y ésta fué la primera advertencia seria contra la sospechosa neutralidad del Gobierno de Dublin.

Aun pretendía—y pretende—el Gobierno de Irlanda sentarse en la "mesa de la paz" para reclamar la incorporación de los seis condados protestantes de la isla que por propia voluntad permanecen unidos políticamente a la Gran Bretaña y no quieren someterse al fanatismo vaticanista y nacionalista irlandés del cual es De Valera viva encarnación. ¿En virtud de qué colaboración a la causa común alimenta De Valera esos sueños imperialistas? ¿En nombre de qué sacrificios alega su derecho a intervenir en los arreglos de la paz? ¿En razón, acaso, del amparo que en su estratégico territorio encuentran los espías del Eje?

La neutralidad, cuando toda la humanidad arde en el sacrificio enorme por la defensa de la libertad de los hombres y de los pueblos, puede ser, desde luego, una posición cómoda y productiva. Pero no da derecho a nada. Ella—sobre toda una "neutralidad" cual la irlandesa—sólo puede producir resultados como los que contiene la nota de los Estados Unidos y acaso otros más graves y merecidos, que ya se anuncian. Y esta vez el resentido nacionalismo de los irlandeses no podrá contar con la simpatía de sus parientes norteamericanos que luchan en las filas de las Naciones Unidas, y que en otro tiempo dieron apoyo y colaboración para fundar una edénica Irlanda libre, bien distinta, por cierto, de la que el seco e intolerante De Valera ha convertido en verdadero paraíso del espionaje totalitario.

C. E.

"¿Qué persecución había en la obra de la República? ¿La separación de la Iglesia y el Estado? Entonces la Iglesia habría de estar en guerra civil con todas las democracias del mundo. ¿El acatamiento obligado del ejército al poder civil? Entonces el ejército habría de estar en rebelión en todos los países donde la soberanía del poder civil es efectiva. ¿La legislación agraria? Entonces, no habría un Estado en Europa y América que tuviera paz, porque la legislación sobre la tierra constituye hoy un postulado universal".—MARCELINO DOMINGO.

TITULOS ESPAÑOLES

John Larder, corresponsal norteamericano en Italia, dice que los dos primeros soldados que cruzaron el río Volturno —la más importante de las acciones realizadas en el camino de Roma por las tropas del general Clark— fueron Fernando Estévez y José Villanueva, antiguos combatientes republicanos españoles.

Queremos recordar que los republicanos españoles, cercados por el mundo entero, hicieron frente a la agresión pardo-fascista durante tres años, mientras los gobiernos llamados democráticos maniataban a la República Española, impidiéndola defenderse, con la sangrienta farsa del Comité de No Intervención.

Queremos recordar que, durante esos años, las poderosas organizaciones de prensa y propaganda de los grandes países se pusieron al servicio de la vil campaña organizada por la propaganda nazi, cubriendo de injurias y calumnias a nuestro pueblo, presentando como asesinos y ladrones a quienes, atacados a traición, morían en defensa de la libertad de su patria y de la libertad del mundo.

Queremos recordar que, cuando ya estuvo apuñalada la República Española, los compatriotas nuestros que lograron cruzar la frontera, fueron confinados en campos de concentración o sometidos a un régimen de trabajos forzados, lo que ha ocasionado la muerte de más de cien mil.

Queremos recordar que en los consulados de todos los países —salvo México, y, con restricciones algún otro, como Chile— se recibía a los republicanos españoles como si se tratara de apestados que fuesen además parricidas y bandoleros.

Queremos recordar que, producida la guerra europea, los españoles republicanos se ofrecieron a combatir, y entre los escasos hombres que se enfrentaron en tierras de Francia a las divisiones motorizadas de Hitler, mientras los generales vendidos al enemigo daban órdenes de rendición, estuvieron en primer término los ex combatientes republicanos de España.

Queremos recordar que entre los que contenían a los nazis en la retirada de Dunquerke estaban los republicanos españoles.

Queremos recordar que en la expedición de los aliados a Narvik murieron mil doscientos hombres, de los que ochocientos eran republicanos españoles.

Queremos recordar que la vanguardia de la columna francesa que escribió la página heroica de Bir Hachein estaba formada por republicanos españoles.

Queremos recordar que en las vanguardias de las tropas que conquistaron Abisinia, que conquistaron Eritrea, que cruzaron Libia, iban los republicanos españoles.

Queremos recordar que las palabras de máxima exaltación para las hazañas de los marinos que abastecieron a las tropas inglesas de Africa, cruzando el Mediterráneo entre el fuego enemigo, pronunciadas por el almirante Cuningham, fueron dedicadas a un capitán republicano español.

Queremos recordar que han sido republicanos españoles los que han enseñado a los combatientes británicos cómo puede un hombre enfrentarse a un tanque.

Queremos recordar que todavía hay republicanos españoles presos en el norte de Africa que dominan los aliados, presos por republicanos, es decir, por antifascistas. Y queremos recordar que las Naciones Unidas no creen que la República Española posea título alguno en la lucha contra el pardofascismo.

Queremos recordar todo esto al escribir, junto a los nombres de esos dos republicanos españoles —uno de 26 años y otro de 23— que cruzaron el Volturno, Fernando Estévez y José Villanueva, unas palabras que, al año de la traición, pronunció en la Universidad de Valencia el presidente de la República Española —acosado luego en tierra de Francia, hasta que murió en ella— al decir que luchábamos por "poner tan alto el nombre de España, que cuando salgamos al mundo, el apellido de español sea un honor difícil de alcanzar, porque entonces el español podrá salir de su tierra y, sin cólera, pero con altivez, arrojarle en la cara a los demás su papeleta: "Ahí tenéis la Libertad y la Justicia que nosotros hemos conquistado para todos".

(España Republicana, Buenos Aires).